

Tu amor es infinito

Tu amor es infinito

MARIA PEURA

TRADUCCIÓN DE LUISA GUTIÉRREZ RUIZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
On rakkautes ääretön

Copyright © MARIA PEURA, 2001
Original edition published by TAMMI PUBLISHERS
Spanish edition published by agreement with MARIA PEURA
and ELINA AHLBACK LITERARY AGENCY, Helsinki, Finland

Primera edición: 2016

Traducción
© LUISA GUTIÉRREZ RUIZ

Ilustración de portada
© JAVIER ZABALA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2016
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión
KADMOS

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-16677-04-7
Depósito legal: M-8651-2016

Impreso en España

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Cultura

Para Tero

«Si la ofrenda en holocausto para el Señor es de aves, ofrecerá tórtolas o pichones. El sacerdote traerá el ave al altar, le arrancará la cabeza y hará que se quemé en el altar después de que su sangre sea exprimida sobre un lado del mismo. Le quitará el buche y las plumas, y los echará al lado oriental del altar, en el lugar de las cenizas. Le rasgará las alas, pero no se las arrancará. El sacerdote hará que lo que está en el altar, encima de la leña que arde, se quemé completamente, pues es un holocausto, ofrenda de olor grato para el Señor».

Levítico 1,14-17

«Pero Jesús dijo: "Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis, porque el Reino de los Cielos es para los que son como ellos"».

Mateo 19,14

Dibujó un círculo en la arena, entro y me pongo de pie en el centro. Hay una línea que al abuelito no le está permitido cruzar. Ahora vamos a jugar según mis reglas. El abuelito no tiene permiso para entrar en el círculo, en mi círculo. Dentro sólo puedo estar yo.

Lo que al abuelito le gusta más en el mundo soy yo. Si me porto bien con el abuelito, nunca me abandonará. Me hace buena, la niña del abuelito, y yo prometo obedecerlo siempre. Pero cuando estoy dentro del círculo, el abuelito no tiene permiso para entrar en él.

El abuelito conoce las reglas, pero ahora no se acuerda de obedecerlas. Cruza la línea, entra en mi círculo. Grito que no tiene permiso para entrar, pero no me hace caso, no no, y entra de todos modos, camina sobre mí con las botas puestas, pisotea los girasoles amarillos hasta matarlos. Tras el abuelito sólo queda negrura. Sólo negrura.

La tierra bajo el abuelito llora. La punta de sus botas cava en ella heridas profundas. El manto de arena de la tierra está hecho jirones, el círculo profundamente raspado en su piel. El abrigo del abuelito gotea sangre.

Él da patadas y se ríe, cruza la línea muchas veces, cava con la punta de las botas, es malo, es malo demasiado tiempo. Menos no le basta. No se marcha. Nunca se marcha.

Se lo voy a decir a mamá y a papá. Seguro seguro que se lo digo... En cuanto me lleven de vuelta a casa, les contaré lo del abuelito y lo de la punta de las botas, y el abuelito tendrá que avergonzarse y pedir perdón y... no no no... El abuelito es mayor. A las personas mayores hay que perdonarlas. Y si faltó al abuelito, me volveré una mala persona. Soy mala

mala mala, pero a las personas mayores hay que mostrarles respeto.

De todos modos, no respeto al abuelito. El abuelito puede irse al infierno. Puede irse al infierno, por mucho que mamá se enfade. Mamá no quiere que vuelva a casa. Se ríe con una risa malvada y dice que yo no sé dónde está el infierno. Tengo que ir a enterarme si es un sitio donde el viejo abuelito pueda sentirse a gusto. Y tengo que ir pronto, porque mis palabras le hacen daño a mamá en los oídos.

Mamá no me oye ni me ve y meto mis cosas en la mochila y me deslizo hacia el pasillo y dejo que la casa me escupa de sus entrañas. Corro por el sendero del patio y salgo al camino. Levanto el dedo gordo y el viento tira de mí hacia el cielo, me lleva volando desde la granja del abuelito y la abuelita hasta infierno.

El abuelito escarba en el bolsillo lateral de mi mochila y saca una carta en la que mamá dice que Saara va a vivir en casa de la abuelita durante un tiempo, por lo menos mientras mamá y papá arreglan el hogar, y que Saara es una niña obediente a quien le gusta agradar al abuelito y a la abuelita. Cuando el abuelito ha leído la carta, le pido que me devuelva la mochila, porque dentro hay zumo de fresa, pero él la cuelga de un gancho de la balda para los gorros, tan arriba que no llego.

Estoy enfadada con el abuelito y no quiero dormir bajo su brazo. En cuanto le digo no, otra voz en el interior de mi cabeza chilla sí. Es la voz de mamá y a mamá la obedezco.

Me deslizo en la cama entre el abuelito y la abuelita, pero no soy Saara, sino un erizo pequeñito. Saco las púas y me acurruco. Duermo hecha un ovillo apretado hasta que los ronquidos del abuelito me despiertan. También la abuelita se desvela y, entre fuertes pisotones, se marcha con su manta a otra habitación.

Estoy a solas con el abuelito. Las púas que me rodean se derriten. Juego a que soy un erizo que duerme sin púas, duermo sin hacer ruido en una cripta subterránea. Nadie puede oír nada. Se hunde más y más profundamente en la tierra y de él

no queda nada. Ni olor ni memoria. Nada. El erizo no existe. El erizo ha desaparecido, no hay púas alrededor del corazón, porque el corazón brinca arriba y abajo.

El corazón corta el sueño del abuelito y él abre la boca de par en par. Su cara es marrón y arrugada. Se pone de costado y la cara se le escurre. Me llevo el dedo a los labios del corazón, le mando que se esté callado. El corazón me muerde y un chillido afilado corta el aire grueso de la habitación.

El abuelito cambia de lado. Su rostro se acerca. Tiene los ojos cerrados, pero presiento que está despierto, y él presiente que yo estoy despierta. Hago crecer nuevas púas rápido, pero salen flácidas y finas. El abuelito se carcajea de mi representación de erizo y, por si acaso, yo también río un poquito. El abuelito es mayor y se ofende con facilidad. Hundo mi mano en su pelo áspero y lo plancho un poco.

El abuelito abre los párpados. En sus ojos arden pequeñas chispas.

—Te voy a enseñar cómo se juega en casa de la abuelita —susurra.

A mí no me apetece jugar. Se me acumula saliva en la boca. Tal vez el abuelito se duerma si le escupo en los ojos y se los apago.

Él presiente mi plan y se cubre los ojos con una máscara. Parece un pirata feo.

Me entra prisa por ir junto al sueño. Me acurruco en el hueco caliente que ha dejado la abuelita. El sueño ha creado allí por arte de magia un mar salado. Me convierto en un barco y una gran vela blanca me lleva de ola en ola. Me balanceo en el regazo del mar hasta que el viento amaina y el abuelito-pirata apresa el barco, arroja el ancla a la arena del fondo y entra en la bodega.

Una mano me aplasta la cara contra la almohada. Rompo la almohada a mordiscos y con la boca llena de plumas grito que me duele, que me duele más que con una punción de oídos, más que cuando tengo vomitera, más que nunca. Chillo pidiendo ayuda a la tripulación. Les grito que me arrojen un

bote salvavidas, pero las plumas amortiguan mi voz y nadie me oye. Estoy sola a merced del abuelito.

La merced de abuelito duele. Doy tumbos de un lado a otro hasta que afloja su apretón y un fétido olor cargado se extiende por la bodega. Salgo corriendo a cubierta a respirar el aire del mar. El abuelito-pirata jadea pisándome los talones, me agarra con manos babosas. Me escurro de sus brazos, salto al bote salvavidas y empiezo a remar.

Un viento se levanta, hace crecer las olas. El barco del abuelito me absorbe, más cerca, más cerca, de vuelta hacia el hedor cargado. De mis manos desaparece toda fuerza. Los remos se separan del bote, se alejan flotando a la deriva. Pienso en el camisón de mamá. El dolor se extendía por él, se desvanecía, desaparecía. Le ordeno al camisón que venga ahora, que me envuelva, que se lleve el dolor, que lo tape.

El camisón no viene. Me trago el llanto. Al fin y al cabo, soy una niña grande y espabilada. No soy tan débil y miserable como el abuelito, que al final del juego se quita la máscara de pirata y rompe a llorar. Aprieto la manta sobre su cara y el oleaje se queda allí.

—Huelas bien —gime el abuelito.

El abuelito miente. El abuelito no debe decir cosas buenas de mí. El abuelito tiene que estar callado. Presiono mis labios contra sus labios. El abuelito empuja la lengua hacia fuera. Aprieto bien los labios y trago agua de mar.

La mano áspera del abuelito me rasca la barriga y los muslos, me acaricia suave la vagina, limpia las heridas haciéndolas desaparecer. También me acaricia el pelo y los ojos y la cabeza, y el viento marino sopla sobre mi rostro hasta que me sumerjo en las olas cálidas del sueño, mecida por el mar. La sal escuece y quema por dentro. Muy cerca está la orilla. Unas cuantas patadas y estaría allí, a salvo, pero no quiero ir.

Por la mañana, el abuelito me da un vaso de refresco verde de Los Pitufos. Cuando la abuelita sale del cuarto del rincón, el refresco empieza a burbujear y me quema la boca. Lo trago rápido y el ardor cae en el fondo del estómago. El abuelito se acerca con la botella y me sirve más. Sorbo ruidosa para que la abuelita se fije en mí, para que me mire un instante. Hago buches con el refresco burbujeante en la boca, pero ella pasa de largo a mi lado, entra en el dormitorio y desde allí grita al abuelito.

—¡Rauli, ven acá a ayudarme a cambiar las sábanas! Ya que eres un maestro en la cama...

El suelo tiembla cuando el abuelito entra al dormitorio. El vaso de refresco salta en la mesa. Intento mantenerlo derecho, pero entonces empieza a botar también la mesa. Huyo al dormitorio donde el abuelito golpea el suelo con la cabeza de abuelita.

—Ahora no vale pedir clemencia. ¿Cuántas veces te lo tengo dicho, que cierres el pico...? Ahora vas a ver, te me voy a llevar por delante...

Me agazapo cerca de la cara de la abuelita. Busco su mirada, pero los ojos han desaparecido. Sólo se distingue lo blanco, y alrededor de lo blanco, amarillo y violeta.

El abuelito está sentado encima de la barriga de la abuelita, se seca el sudor de la frente.

—Deja a la abuelita en paz —ordenó.

El abuelito me mira triste. También la abuelita gira su cara de vampiro hacia mí, me atraviesa con su mirada negra afilada.

—Dime, Saara, ¿y cómo es que hay sangre en la sábana?

Como la voz de la abuelita es suave, me atrevo a hablarle del abuelito-pirata y de las gotas de sangre que salpicaron la bodega. Pero las palabras son como finas cáscaras cuyo contenido el abuelito se traga, acechando con la boca ávida. Sólo cuando empiezo a hablar del eczema de la leche, el abuelito deja de tragarse mis palabras.

—Por la noche le pica y me pide que le rasque. Y yo le rasco, pero entonces le pica más y le rasco más y luego se me pone a llorar, y sus lágrimas son rojo sangre...

La sonrisa de la abuelita arregla los destrozos que ha causado el terremoto. El abuelito toca con cuidado los trollius y las campánulas que florecen en el rostro de la abuelita.¹

—Hasta las manos las tiene como un rallador, esta cría —susurra el abuelito.

Las flores cabecean. Regreso a la cocina y me siento a la mesa a mordisquearme los padrastrós de las uñas.

—A ver, enseña los ralladores esos —ordena la abuelita.

La abuelita se pone las gafas y me clava los ojos en las uñas. Su sonrisa se apaga, se muere. La abuelita se suelta del abuelito de un tirón.

Dejo de morderme las uñas y cruzo las manos. Querido Jesús, devuélvele la sonrisa a la abuelita... Pero Jesús no escucha. La abuelita mira al abuelito con ojos penetrantes y luego otra vez mis uñas y otra vez al abuelito y otra vez mis uñas y por los arrugados lechos del rostro del abuelito comienza a rezumar agua velada.

El miedo sale del vaso de refresco y se me derrama por la pechera de la camisa. Acurrucada bajo la mesa del zaguán, escucho a la abuelita rugiéndole al abuelito y al abuelito, a la abuelita. A Saara la maldicen, a Saara la difaman, a Saara la destrozan con palabras feas. No quiero ser Saara. La mano

1. Los trollius son unas florecillas silvestres de color amarillo, mientras que las campánulas son de color morado. Son flores muy comunes en el paisaje de Finlandia. Es una forma de decir que la cara de la abuela está llena de magulladuras y moratones. [N. de la T.]

del pirata me manosea la barriguita. Le grito a la mano que el abuelito y el eczema son amigos, que al abuelito le gusta rascarlo y que no es su culpa si el eczema se rompe y sangra. No es culpa del abuelito. Es culpa de las uñas, que son largas y afiladas como finos cuchillos.

El silencio ha caído sobre la cocina. Del desván salen gritos tenues y un riachuelo de refresco verde fluye desde la mesa y penetra en las grietas de los tablones del suelo. Me pongo a cuatro patas y lamo la bebida de fiesta dulce, amarga. Fuegos artificiales estallan en mi cabeza. Las astillas del suelo de madera se me clavan en la lengua, me causan un dolor que se mezcla con alegría, que embota mis pensamientos. Un pitufo hace una mueca en la etiqueta de la botella de refresco y, cuando se la devuelvo, una astilla me raja la barbilla. La comisura de los labios del pitufo se tuerce hacia abajo. Por las mejillas resbala un torrente de lágrimas verdes.